

10/2019

10 de mayo de 2019

José Luis Pontijas Calderón

Europa y la «cuestión alemana»

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Europa y la «cuestión alemana»

Resumen:

La centralidad geográfica de Alemania, unida a su tamaño, volumen demográfico y económico, la convierten en la gran potencia europea, si bien, hasta ahora, ha renunciado a transformar dichas capacidades en potencia militar. Pero el vacío de poder dejado por EE. UU. en el Viejo Continente, las amenazas, riesgos e injerencias exteriores, la nueva situación geopolítica mundial, las disensiones internas de la Unión Europea y la necesidad de reaccionar ante todo ello, hacen que la «cuestión alemana» (una Alemania demasiado poderosa como para poder ser compensada por el resto de potencias europeas) pueda resurgir en un futuro no muy lejano.

Palabras clave:

Alemania, Europa, Unión Europea, OTAN, Rusia, Reino Unido, Francia, Estados Unidos, Ostpolitik.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Europe and the German question

Abstract:

The geographical centrality of Germany, together with its size, demographic and economic volume, make it the great European power, although, until now, it has renounced to transform these capacities into a military power. But the power vacuum left by the US in the old continent, threats, risks and external interference, the new world geopolitical situation, the internal dissensions of the European Union, and the need to react to all that, make the "German question" (a Germany too powerful to be compensated by the rest of European powers) may resurface in the not too distant future.

Keywords:

Germany, Europe, European Union, NATO, Russia, United Kingdom, France, United States, Ostpolitik,

Cómo citar este documento:

PONTIJAS CALDERÓN, José Luis. *Europa y la cuestión alemana*. Documento Informativo IEEE 10/2019 [enlace web IEEE](#) o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

Las tensiones que en la actualidad está sufriendo la Unión Europea (UE), tanto externas (disrupción rusa, injerencia geoeconómica china, crecientes amenazas y riesgos con un alto componente de impredecibilidad, alejamiento euroatlántico, ...) como internas (pérdida de credibilidad política, difícil consenso, auge de los nacionalismos y populismos, fracturas internas norte-sur o este-oeste, deslizamientos iliberales, ...) están empezando a perfilar un horizonte poco prometedor para el futuro de la Unión como proyecto político. Una de las amenazas internas que más influencia negativa podría tener, es la vuelta de la competición geopolítica entre los Estados miembro (EM), que aunque a pequeña escala, ya se está empezando a producir.

Caso de incrementarse, dicha competición, podría volver a traer consigo la que en su momento se denominó «la cuestión alemana». Alemania, un Estado situado en el centro de Europa, demasiado poblado, demasiado grande, demasiado rico y por lo tanto, potencialmente demasiado poderoso como para poder ser compensado por las coaliciones de otros Estados europeos. De hecho, desde su unificación en 1871 sus intentos por forjar su propio espacio, que han supuesto dos guerras mundiales. Pero tras la Segunda Guerra Mundial, el orden europeo impuesto por EE. UU. se diseñó, además de para garantizar la seguridad de la Europa libre, para integrar Alemania en el mismo. Así, la potencia germana estaría controlada militarmente dentro del marco de la OTAN y su potencial económico por la CECA¹, luego CEE², luego UE. Así, cualquier intento alemán de resucitar sus antiguas aspiraciones quedaría neutralizado por un entramado institucional político y militar, que garantizaría la seguridad del resto de potencias y Estados europeos. Esto era especialmente importante para Francia, quien tradicionalmente había sufrido los embates imperialistas germanos.

La situación se mantuvo sin variaciones para satisfacción de todos hasta que la caída del muro de Berlín, trajo consigo la reunificación alemana y la desaparición del dominio soviético sobre los países del centro de Europa. La expansión hacia el este, tanto de la OTAN como de la UE, volvió a devolver a Alemania a su tradicional situación central en el continente, esta vez con la posibilidad de extender su dominio económico sobre el conjunto de Estados de reciente incorporación a la Unión, a través de la imposición de

¹ Comunidad Europea del Carbón y del Acero

² Comunidad Económica Europea

políticas monetarias y de mercado que claramente encajaban a la perfección con las necesidades de la economía alemana. Sin embargo, continuó sujeta política y militarmente tanto a la OTAN, como a la UE, lo que tranquilizaba los recelos de los demás socios, ya que EE. UU., el gran hegemón occidental, seguía garantizando el orden europeo establecido desde 1945, junto con Francia y Reino Unido, las otras dos grandes potencias europeas.

La desaparición de la amenaza soviética, junto con el esfuerzo económico, militar y diplomático que supuso para Washington la «Guerra contra el Terror», desde el «11-S», propició un alejamiento del foco de interés estadounidense de Europa en beneficio de Oriente Medio. Posteriormente, el surgimiento de China como gran potencia mundial, así como del resto de países asiáticos (India, Indonesia, Corea del Sur, etc.) ha producido un incremento del giro norteamericano en su atención hacia el escenario indo-pacífico, alejando todavía aún más a EE. UU. del Viejo Continente.

Este alejamiento progresivo estadounidense ha ido dejando un vacío geopolítico en Europa, que está siendo ocupado en parte por una Rusia más asertiva y en cierto modo, más agresiva, que no duda en utilizar la disrupción como arma geopolítica para favorecer sus intereses: recuperar su estatus de gran potencia y el control del antiguo espacio soviético.

Ante esta situación, la UE como tal, no está dando la talla, incapacitada por los problemas internos antes mencionados que bloquean la mayoría de las acciones exteriores que podría y debería poner en práctica para imponer su criterio, intereses y valores, debido al choque de intereses (diferentes y en ocasiones divergentes) entre sus EM. Así, las grandes potencias europeas se ven obligadas a tomar decisiones por sí mismas, unas veces en solitario, las menos de las veces en concierto con aliados temporales, lo que instiga el surgimiento de la competición geopolítica que plagó Europa hasta 1945.

El caso alemán

Incluso durante la Guerra Fría, Alemania se movió entre dos tendencias opuestas: el idealismo pro-occidental de Konrad Adenauer y el realismo de la *Ostpolitik*³ de Willy Brandt. Este mismo dilema sigue actualmente presente. Hay que tener en cuenta que la

³ Política hacia el Este, que deseaba sostener buenas relaciones con la URSS en aquel momento.

Alemania democrática y amante de la paz que todos conocemos y apreciamos hoy en día, nació y creció en circunstancias anormales forjadas por el orden europeo establecido por Washington que se pudo instaurar gracias a tres elementos fundamentales. En primer lugar su implicación permanente con la seguridad Europea (por primera vez en la historia fuerzas estadounidenses permanecen en el continente) que anuló el círculo vicioso de la competición geoestratégica, eliminando a su vez la necesidad de grandes gastos en defensa para los europeos, lo que liberó parte de su economía mejorando su bienestar. En segundo lugar fue el establecimiento y garantía de un orden económico global de libre comercio, del que la economía alemana se benefició enormemente, convirtiéndose en un exportador neto. El tercer elemento fue el establecimiento de un entramado institucional político y militar que neutralizó los nacionalismos y redujo los conflictos intra-europeos. Una Europa sin nacionalismos, implicaba una Alemania también libre de los mismos.

Alemania aceptó de buen grado el nuevo orden europeo, ya que salía enormemente beneficiada. Consiguió la aceptación internacional, su integración en el comercio mundial y como consecuencia, un gran despegue económico. Pero todo ello, fue posible a cambio de supeditar su política exterior y sus intereses en dicho dominio a los del bloque occidental, liderado por el tándem EE. UU.- Reino Unido.

Pero los cambios geopolíticos a nivel mundial y europeo están anulando en gran parte los postulados tras los cuales se formuló el marco aceptado por Alemania tras la última conflagración mundial. Además, a medida que nuevas generaciones de alemanes se incorporan a la vida cotidiana, la sensación de culpabilidad se va desvaneciendo y nuevos discursos se incorporan, en los que el nacionalismo alemán, instigado en un ciclo de realimentación mutua por los otros nacionalismos europeos y mundiales, comienza a ganar adeptos y representación política e institucional. La autocontención y los valores democráticos y pacifistas empiezan a verse contestados. Los viejos fantasmas no están lejos, como demostró la ansiedad con la que británicos y franceses recibieron la reunificación alemana en 1990, prueba de que, al menos para ellos, «la cuestión alemana» no está del todo enterrada. Además, tal y como señala el académico Hans Kundnani⁴, «el antiguo desequilibrio que desestabilizó Europa tras la unificación de Alemania en 1871, ha vuelto tras la reunificación y el establecimiento de la Eurozona».

⁴ Hans Kundnani, *The Paradox of the German Power*, Oxford University Press, 2015.

En el momento actual, los elementos que formaban el marco de contención de la potencia germana están en el aire. Por un lado, EE. UU. se está alejando del continente europeo, lo que deja de suponer la garantía de seguridad y equilibrio que hasta ahora suponía su presencia. Por otro lado, tanto la OTAN como la UE, si bien muestran una política gestual asertiva y optimista, están lastradas por los diferentes intereses y divergentes interpretaciones de sus EM sobre las amenazas y las prioridades con que estas deben ser confrontadas. Los nacionalismos están desatando fuerzas que permanecían dormidas y que amenaza la cohesión y solidaridad europea, solidaridad cada vez más cuestionada por la vuelta a la práctica del juego de contrapesos y coaliciones dentro de Europa. El *brexit* supone de facto que el balance dentro de la UE se desequilibra a favor de Alemania de forma rotunda. La política de la administración Trump está torpedeando el régimen económico de libre comercio, que como sabemos es un interés estratégico alemán, e impulsa los nacionalismos europeos (apoyando el *brexit* con absoluto descaro), cuestiona la Alianza Atlántica y denuncia acuerdos internacionales que afectan a la seguridad europea, alienando de paso a sus aliados

Así, el vacío de poder en Europa y la nueva situación mundial obliga a reaccionar en cierta medida a las potencias europeas y Alemania se ve empujada a ello también, pese a su voluntad de presentarse con credenciales de potencia cooperadora que opta por el uso preferente del «poder blando» en su política exterior. Tradicionalmente, la UE (instigada en gran parte por Alemania) se ha mantenido en una posición confortable en la que podía jugar el papel de actor internacional que usa fundamentalmente las opciones blandas del espectro de poder (diplomacia, cooperación, ayuda al desarrollo, ayuda humanitaria, reconstrucción, gestión de crisis posconflicto, etc), mientras los americanos empleaban la herramienta militar, o la amenaza de su uso, como opción fundamental sobre el resto.

Pero en este momento podríamos preguntarnos si ante una Rusia dispuesta a emplear la fuerza en Europa y su vecindario para lograr sus objetivos (como ha probado ya en varias ocasiones) y un EE. UU. más interesado en otros escenarios alejados del continente, se podrá Alemania permitir el lujo de seguir jugando su tradicional papel de potencia comercial de corte pacífico. En las actuales circunstancias ¿Resistirán los alemanes la tentación de resucitar su nacionalismo? ¿Será Alemania inmune a las poderosas fuerzas que forjan la historia y sobre las cuales las naciones tienen un control limitado?

Así pues, «la cuestión alemana» podría empezar a recuperar protagonismo a no muy largo plazo y en su caso, habrá que encontrar las respuestas adecuadas para afrontarla.

Conclusiones

La Alemania actual es el producto del orden de seguridad y económico impuesto por los estadounidenses desde 1945. A medida que dicho orden se resquebraja, Alemania, que ha recuperado su tradicional posición central en el continente europeo, con un peso demográfico, económico y político que la convierte de nuevo en la gran potencia dominante en Europa, puede empezar a plantearse opciones geoestratégicas más allá de los marcos militar y política, en el que el entramado institucional construido alrededor de la OTAN y la UE la han encorsetado hasta el momento.

El hecho claro que marcaría el inicio hacia ese escenario, y que debería hacer saltar todas las alarmas, sería un rearme progresivo germano, ya que, la convertiría de nuevo en una gran potencia militar.

Este hipotético, poco probable pero posible, posicionamiento alemán podría devolver a Europa a la pesadilla de la competición geopolítica que trajo guerra y desolación al Viejo Continente.

La cuestión es si Alemania se verá forzada o no, por las fuerzas tectónicas que impulsan la historia y las consecuencias que ello acarrearía para el resto del continente.

José Luis Pontijas Calderón

Coronel de Artillería

Doctor en Economía Aplicada (UAH)

Analista de seguridad euroatlántica en el IEEE